

## LA FRONTERA

*Aquellos que, cuando se trata de los primeros intereses del Estado, ciñen sus miras a medias y temblando las medidas grandiosas que han de establecer la felicidad de las generaciones: los que proceden sin un plan determinado, que, empezándose a planificar por ellos, haya que proseguirse constantemente por los que les sucedan: estos hombres pusilánimes y mezquinos hacen más daños al Estado que los atrevidos que proyectan en grande, aun cuando yerran en sus cálculos.*

*El coronel Pedro-Andrés García  
Memoria sobre la organización de la frontera. 1811, presentada al Supremo Gobierno  
(Colección Angelis, T. 4)*

Es bien sabido el interés presente y futuro que presenta la cuestión de indios: la organización de la defensa del territorio, la seguridad de las poblaciones, la riqueza del Estado y de los particulares, el crédito nacional respecto a la Europa, necesario para llamar la inmigración, la vida barata para el pueblo, el aumento de territorio, la incorporación y civilización de los bárbaros y aun los destinos de la paz en toda la República. Es cuestión palpitante, que derrama sangre, empobrece y aumenta el poder del enemigo capital que es la soledad de las inmensas llanuras; es la cuestión que preocupó los primeros pensamientos de la primera junta de 1810, y que desde entonces hasta hoy, acusa a todos los gobiernos, a los mismos pueblos y arroja una sombra vergonzosa sobre la política, la ciencia y el poder de todos aquellos que han dirigido los destinos del Estado. Hoy, que las invasiones se renuevan, que se vuelven las miradas al oeste, que el jefe del Poder Ejecutivo ha emprendido una cruzada indagatoria, quisimos estudiar la causa de ese mal, cuya existencia nos era difícil comprender, en un Estado de más de trescientos mil habitantes y con ejército de cuatro mil hombres, y hemos encontrado la memoria del coronel García, enviado en comisión por la pri-

mera junta de gobierno de 1811. Sorpresa nos causó esa lectura, porque parece escrita para hoy. Todo está allí previsto, examinado. Es el mismo problema, las mismas dificultades, idéntica solución, y solución positiva. Admiración nos ha causado, no sólo la claridad y belleza del estilo, pero aun mucho más los conocimientos científicos y locales, los altos principios de libertad y humanidad que proclaman los economistas y filántropos más avanzados de nuestro siglo y una mirada profunda y certera arrojada al porvenir.

Se ha dicho que el enemigo es el desierto. Él lo había comprendido y partiendo de esa base: “Las más sabias leyes, las medidas más rigurosas de la política, no obrarán jamás sobre una población esparcida en campos inmensos y sobre unas familias que pueden mudar su domicilio con la misma facilidad que los árabes o pampas”. Y para combatir ese enemigo he aquí las grandes medidas que propone:

1. Mensura exacta de las tierras.
2. División y repartimiento de ellas.
3. Formación de pequeñas poblaciones.
4. Seguridad de las fronteras, y líneas en

donde deben fijarse.

Analizadas las primeras medidas, *los grandes*

*objetos a que deben dirigirse los esfuerzos, son a la introducción de la moderna agricultura y a la atracción de los colonos de todo el mundo.*

Bien entendido que el autor supone como condiciones el libre comercio, el establecimiento de mercados, la mejora de máquinas de conducción, reducción del volumen de los productos y la mejora de todas las vías de comunicación. Enseguida pasa a la línea de frontera.

Es necesario avanzarla. No propone para ella la exterminación de los Indios: “Errado fue, y muy dañoso a la humanidad, el deseo de conquistar los Indios salvajes a la bayoneta, y de hacerles entrar en las privaciones de la sociedad, sin haberles formado necesidades, ni inspirado el gusto de nuestras comodidades. Este plano, repito sostenido con el tesón, imposibilitaría quizá la civilización de aquellos hombres”.

Aquí el cristianismo del autor está a la altura de la ciencia. Cuánta diferencia, respecto a nuestros diaristas de hoy día, que se complacen y aún fomentan el exterminio, olvidando el derecho y la tradición de nuestras faltas y de nuestra responsabilidad respecto a esos desgraciados. *El inveterado concierto hostil sostenido por nuestros mayores contra las tribus de la pampa, hacía imposible su reducción.* Y ese concierto hostil es hoy mismo, uno de [los] principales inconvenientes, que acusa nuestra falta de ciencia y de corazón.

La incuria con que se ha mirado esta cuestión, ha fortificado a los Indios, ha hecho retroceder la frontera, desmoralizado bajo un cierto punto de vista el espíritu del ejército, desarmado a los habitantes y puntos estratégicos. Agrégase a esto las costumbres de los habitantes de la campaña limítrofe, que son casi tan bárbaros como los de los indios, los tráfugas de la civilización que los enseñan, fomentan y guían para participar del robo, y entonces culpémonos más, y no pensemos en exterminio. Los indios no pueden hacer oír su

voz entre nosotros. ¡Sabemos, acaso, cuáles son todas las injusticias, robos, matanzas, falta de fe en los tratados, de que son responsables los que se llaman cristianos! El coronel García, dice que: *las familias, contra lo estipulado en las paces celebradas con los pampas, han pasado los límites del río Salado: lo que debería mirarse por aquellos (los indios) como una manifiesta infracción y declaración de guerra.*

Se ve, pues, que antes de lanzar una proposición de exterminio, debemos entrar un poco más en nuestra conciencia y pensar en la seguridad de la frontera, de modo que pueda resultar la civilización de los indios y los católicos.

Para la demarcación de la frontera, el coronel García propone el adelanto sobre dos líneas precisas:

“La primera debe ser desde la confluencia al mar del río Colorado hasta el fuerte de San Rafael sobre el río Diamante, teniendo por punto central la laguna de Salinas. La segunda debe formar la cordillera de los Andes, en los pasos que franquea por Talca y frontera de San Carlos, apoyando su izquierda sobre los nacientes del río Negro de Patagones, y su derecha en el paso del Portillo”.

“El cuartel general y primera población debe hacerse en las márgenes de la laguna de Salinas, o lo que es lo mismo, en el paraje nombrado los Manantiales, distante de ella, menos de dos leguas. Tiene aguas saludables, abundancia de leña, prodigiosos pastos, y unos terrenos feraces en toda clase de granos, legumbres y cuanto es necesario a la vida humana; cuyas producciones me ha mostrado un indio araucano establecido allí, y que las cultiva para sustentarse, sin auxilio de útiles de labranza por carecer de ellos.

“Esta situación está naturalmente defendida por el este con la laguna de la Sal; por el norte, con elevados médanos; por el sur, con el fuerte y población que haya de formarse; y

por el oeste, por una laguna que forman los Manantiales y una barranca harto elevada: de modo que, a poca diligencia del arte, pueden asegurarse en circunferencia más de ocho leguas, para sostenerse contra la más atrevida y numerosa invasión de salvajes.

“Desde este punto central deben partir las demás poblaciones, reconociendo antes detenidamente y con mucha exactitud los puntos más interesantes de la sierra de la Ventana, Guamini, Volcán y río Colorado. Tomadas estas posiciones, quedarán cubiertas todas nuestras fronteras, y aseguradas sólo con el respeto de las armas, de cualquier tentativa hostil. La ventaja de estos puntos se conoce mejor considerando su situación geográfica... no pueden salir los indios con su presa de nuestros territorios sin ser observados desde las guardias, y atacados en caso necesario, o contenidos al menos en sus agresiones por las dificultades de escapar con los robos...

“Me persuado que no llegará el caso de usar de la fuerza porque la dulzura y la legalidad triunfarán del carácter feroz y suspicaz que manifiestan comúnmente, y que a veces ostentan con estudio por ver si sorprenden a quienes no los conocen. Desean con ardor muchos de nuestros artículos, y no será difícil que por el estímulo de algunos regalos los decidamos a entrar en contratas ventajosas. Como son naturalmente desconfiados e insubsistentes, es preciso que luego, sin detención, se proceda a ocupar los terrenos que nos cedan; y para esto se necesita una fuerza respetable que no sólo les imponga, sino que les aleje toda esperanza de cometer con suceso una perfidia. Son idólatras de sus ganados y propiedades, pasan a la posteridad cualquier injuria inferida a sus personas y a las de sus hijos o deudos: jamás perdonan y la venganza dura tanto como la existencia de las generaciones de agraviados y agresores. Por esta razón el gobierno debe poner el mayor cuidado

en la elección de jefes y oficiales subalternos que se destinen a esta obra: al paso que la misma división de tribus y la perpetua enemistad en que viven, abren un camino fácil para conseguir los objetos que se proponen.

“El interés, que los indios conocen y defienden, les hará entrar en sociedad, y se presentarán gustosos al servicio por el competente estipendio: cuando adviertan que las pieles de sus cazas, los tejidos ordinarios de su industria, los *vellones exquisitos de ovejas* tienen fácil expendio en cambio de los objetos de su lujo o de sus necesidades, se harán más aplicados, intimarán sus relaciones y *luego serán unos miembros útiles del Estado*, que tendrán un mismo idioma, costumbres y religión que nosotros. Esta conducta observada *religiosamente*, hará más conversaciones que los misioneros de *propaganda*.

“Para proceder con seguridad en la empresa, son necesarios 1.000 hombres de tropas regladas, con la correspondiente artillería, que subsistirán en la frontera hasta que un igual número de pobladores les pueda subrogar. Estos, cuya primera obligación será instruirse en el manejo de las armas, estarán regimentados, y servirán alternativamente por un corto estipendio. Como ellos deben ser propietarios y vecinos, defenderán más ahincadamente sus bienes, y serán los soldados sus bienes, y serán los soldados mejores para este género de guerra”.

Nada ha olvidado nuestro autor. Las circunstancias son las mismas; los indios no son más numerosos ni más valientes; y por otra parte el Estado está más poblado y en vez de 1.000 hombres que se pedían, hay cuatro mil en disponibilidad.

El coronel García, preocupado de la verdad de sus planes, y sin duda de la inteligencia de la junta a quien se dirigía, lanza como pasando, esta proposición hablando de los soldados: *como ellos deben ser propietarios*. Esta idea quizá la

más fecunda, no comprendemos cómo no ha sido tomada en consideración, estableciendo colonias agrícolas por medio del ejército. En Suecia ha producido los mejores resultados: moralidad, salud, economía para el Estado, aumento de familias, trabajo de las tierras, base disciplinada y civil de la seguridad del territorio y de las instituciones.

La solución del problema puede reducirse a estas palabras: *colonización de la frontera*.

Para ello dos medios:

1. Colonización militar.
2. Colonización por medio de 200.000 emigrantes que el Estado debe transportar por medio de un empréstito, que sería pronto satisfecho por las utilidades mismas de la emigración

Estas dos colonizaciones suponen una donación de la tierra.

Fórmese un ejército de propietarios.

Distribúyase el desierto, salvo mensuras previas a los inmigrantes europeos. Ambas colonizaciones pueden marchar a la par, y no habrá que pensar más en invasiones; la cuestión queda resuelta, los ociosos ocupados, el ejército moralizado y productor, el Estado aliviado, las poblaciones aumentadas, la frontera segura y extendida.

La estrategia, la geografía han señalado los puntos principales de las futuras poblaciones. Esas tierras son fércas y tienen todas las condiciones del bienestar.

Hay ejército, hay agrimensores. ¿Qué falta, pues?